

Dominique Lapierre y Larry Collins

El quinto jinete

Traducción de J. Ferrer Aleu

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Le cinquième cavalier*

© Dominique Lapierre y Larry Collins, 1980

© por la traducción, J. Ferrer Aleu, cedida por Random House Mondadori, S. A.

© Editorial Planeta, S. A., 2011

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: mayo de 2011

Depósito Legal: M. 12.850-2011

ISBN 978-84-08-10207-6

ISBN 978-2-221-00448-5, Éditions Robert Laffont, París, edición original

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Cuando abrió el sello cuarto, oí la voz del cuarto viviente, que decía: «Ven.» Miré y vi un caballo bayo, y el que cabalgaba sobre él tenía por nombre Mortandad, y el infierno le acompañaba. Fueles dado poder sobre la cuarta parte de la tierra para matar por la espada, y con el hambre, y con la peste, y con las fieras de la tierra.

APOCALIPSIS, VI, 7-8

Primera parte

«Esto va a cambiar el mundo»

El aduanero observaba cómo la lluvia azotaba el cristal, trazando en él furiosos arabescos. Se estremeció. Mal tiempo para quienes se hallasen en el mar. En la noche, sus ojos enrojecidos distinguían el panorama familiar del puerto de Nueva York, las luces de los *docks* centelleando en el Hudson, la punta de Governo's Island, la lejana guirnalda luminosa del puente de Verrazano.¹

Un teletipo crepitó detrás de él. Consultó su reloj. Medianoche, ya. El primer carguero que atracaría en Nueva York ese viernes, 4 de diciembre, acababa de pasar por delante del barco-faro de Ambrose y de franquear la frontera marítima americana. El hombre volvió a su mesa de trabajo. Desde este observatorio, alojado en el sexto piso del World Trade Center, casi en la punta de Manhattan, debía vigilar el sector aduanero del mayor puerto del mundo hasta las ocho de la mañana. Abrió su libro-registro en la página todavía blanca de un nuevo día. Arrancó el mensaje transmitido por el teletipo y, con la aplicación de un escriba de la Edad Media copiando un salmo, consignó las distintas informaciones referentes al 7.422.º navío que penetraba en el puerto desde comienzos del año.

NOMBRE: *Dyonisos*. PABELLÓN: panameño. DESTINO: muelle n.º 3 de Brooklyn Ocean Terminal. AGENTE MARÍTIMO: Hellias Stevedore Company.

Cumplida esta formalidad, pulsó el nombre del barco en el teclado del terminal de ordenador instalado en la consola antigua. Este aparato

1. En el curso del relato, el lector puede consultar el plano de la ciudad de Nueva York y el mapa de la cuenca mediterránea, que encontrará al final del volumen.

estaba conectado al CNIC, Centro Nacional de Información Criminal. Dentro de pocos segundos aparecería la ficha judicial del *Dyonisos*. La menor infracción registrada en su historia, ya fuese el descubrimiento de una bolsita de heroína bajo una tabla falsa de su bodega, ya una riña de un marinero borracho, aparecería automáticamente en la pantalla. El aduanero observó el baile de los palitos verdes, que compusieron, al fin, tres palabras: «Nada a señalar.» Satisfecho, escribió «NAS» en la casilla correspondiente de su registro, confirmando de este modo que la Aduana estadounidense no tenía que inquietarse por la llegada de la vieja carraca que se presentaba en la entrada del canal de Ambrose.

El *Dyonisos* era uno de los últimos barcos Liberty de la segunda guerra mundial, uno de esos camiones oceánicos que seguían navegando. Durante casi cuarenta años, desde el desembarco en Normandía hasta esa noche de diciembre, había transportado mercancías y contrabando por todo el mundo, bajo media docena de pabellones diferentes. La compañía que lo había fletado esa vez, Transocean Shippers, había sido constituida seis meses antes por escritura registrada con el número 5.671 en el Ministerio de Comercio de la ciudad de Panamá. La dirección que figuraba en el certificado de registro era la de un oscuro bufete de abogados instalado en la calle del Mercado, de Panamá. Como ocurre a menudo en los negocios de transporte marítimo, ya se trate de superpetroleros, ya de insignificantes embarcaciones de pesca, todo rastro de los verdaderos propietarios del *Dyonisos* se perdía en el anonimato de un apartado de correos de la ciudad de Lucerna, Suiza, donde tenía su sede la compañía.

Libre de la marejada del Atlántico, el barco remontó el camino real hacia el corazón de Nueva York. Franqueó los *narrows* bajo la blanda metálica del puente de Verrazano. De pronto, a la luz de la naciente aurora, apareció ante su gastada proa el prodigioso espectáculo que había llenado de alegría febril y de esperanza a tantos millones de hombres: la silueta vestida de verde de la estatua de la Libertad, y, después, las torres iluminadas de Manhattan perforando la bruma, troncos incandescentes de un bosque de vidrio y acero lanzado al asalto del cielo.

Indiferente a la lluvia, el único pasajero del carguero contemplaba el panorama desde lo alto de la pasarela superior. Flaco y musculoso, de mediana estatura, el palestino Kamal Dajani parecía tener unos treinta años. Llevaba ajustados vaqueros de tela azul y chaqueta de cuero con el cuello levantado. Un gorro de cuadros le cubría la cabeza hasta los ojos. Había embarcado en la escala de El Pireo.

Pretextando un mareo incoercible, había pasado los dieciséis días de la travesía encerrado en su camarote con un montón de novelas policíacas. Pero cada mañana, al amanecer, se había deslizado, bien abrigado, hasta la cubierta superior. Allí, durante veinte minutos, y sin importarle el estado de la mar, había simulado asaltos de judo y golpeado la batayola con golpes de kárate, ejercicios encaminados a conservar su dominio de las artes marciales.

Una sirena desgarró el aire húmedo. Apartándose de los rascacielos de Manhattan, el *Dyonisos* viró a estribor, en dirección a la línea baja de los *piers* de Brooklyn. Bordeó los depósitos donde los jefes de la mafia habían edificado uno de sus fabulosos imperios, el muelle abandonado de State Street, por el cual había introducido el gánster Johnny Dio montañas de heroína en América, y llegó ante los tres antiguos desembarcaderos montados sobre pilotes de madera cubiertos de algas y de conchas.

Desde estas plataformas carcomidas del antiguo depósito militar de Brooklyn, habían partido dos generaciones de G.I. hacia las trincheras de la Argonne y hacia las playas de Normandía. Rebautizadas hoy con el nombre de Brooklyn Ocean Terminal, simbolizaban también otro pasado. Figuraban entre los últimos *piers* de Nueva York donde aún podía verse un abigarrado revoltillo de mercaderías: bidones de aceite de oliva griego, sacos de anacardos indios, de especias yemeníes, de café colombiano; reliquias de un tiempo en que los estibadores de los *docks* se agrupaban ante los hombres de la mafia para implorar una jornada de trabajo. Sobre el techo se conservaba un vestigio de la gran cruzada que había empezado y terminado aquí: las palabras de bienvenida dirigidas a los millones de soldados que volvían de Europa. Pintados a la sazón con un azul tan luminoso como la dicha del retorno, eran hoy de un gris tan sucio y triste como la hilera de los *docks* de Brooklyn.

«Welcome Home», pudo leer el pasajero solitario, mientras el *Dyonisos* viraba hacia su amarradero.

Un inspector de la Aduana americana y un oficial del Servicio de Inmigración cruzaron muy pronto el portalón del barco. El capitán, un griego barrigudo, les condujo al comedor de la tripulación para someterles al indispensable «sésamo» de todo comercio marítimo: el manifiesto de la mercancía transportada.

Dada la nota de «Nada a señalar» registrada la noche anterior, la inspección aduanera se limitó a la lectura de este documento.

Por su parte, el contraмаestre había reunido a la tripulación. Cada marinero presentó su cartilla al oficial de Inmigración y recibió un permiso del modelo 1-95, que le autorizaba a desembarcar y a circular libremente durante el tiempo de la escala. Antes de hacerle firmar la lista de tripulantes, el oficial de Inmigración formuló al capitán la pregunta ritual:

—¿Ningún pasajero?

El griego se echó a reír y mostró las polvorientas *pin up* que decoraban el mezzquino comedor, donde flotaba un olor a aceite rancio.

—¡Vaya! ¿Ha tomado mi carraca por el *Queen Elizabeth*?

Desde el tragaluz de su camarote, Kamal Dajani observaba la partida de los dos funcionarios. Cuando vio que bajaban a tierra, se quitó la riñonera y recorrió la cremallera que cerraba su bolsillo interior, donde llevaba varios fajos de billetes de cien dólares. Separó cinco de ellos y los metió entre las páginas de un número de *Playboy* tirado en el suelo. Al ver al mojigato Benjamin Franklin de los billetes apoyado sobre el seno de una vampiresa, se desternilló de risa. Colocó el periódico bien a la vista sobre la litera y se encerró en el cuarto de baño.

Unos momentos después, llamaron a la puerta.

—¿Quién va? —gritó, en inglés.

—Le traigo un sobre de parte de Leila —respondió una voz.

—Métalo en el *Playboy* que está encima de la litera. En él hay algo para usted. Cójalo y lárguese.

Un mocetón barbudo, de unos veinte años, con una cicatriz en la sien izquierda, abrió la revista, cogió los dólares, depositó el sobre y desapareció.

Kamal Dajani esperó unos minutos antes de salir de la ducha y coger el sobre. Éste contenía un permiso del modelo 1-95, para desembarcar, y una hoja de papel con una dirección y un número de teléfono. Al pie, leyó: «Welcome.» Sonrió. Esta vez, el término no podía ser más adecuado.

Por la noche, el pasajero del *Dyonisos* abandonó los *docks* con los marineros que salían en tropel. Nadie comprobó su identidad. Kamal Dajani se sumió en la oscuridad de Brooklyn.

Nueve días más tarde, un gélido domingo de diciembre tocaba a su fin. Como consecuencia del temporal de nieve que había azotado el este de Estados Unidos el jueves anterior, montones de nieve obstruían las calles de Washington. La temperatura polar había retenido en sus casas a la mayoría de los 726.000 habitantes de la capital americana. La familia que ocupaba la célebre residencia del 1.600 de Pennsylvania Street se disponía, como tantas otras, a comer en la intimidad. Los acordes solemnes del poema sinfónico *Finlandia*, de Sibelius, llenaban las habitaciones privadas de la Casa Blanca; concierto que atestiguaba la afición del presidente de Estados Unidos por la música clásica. Las llamas de los leños de abedul que ardían en la chimenea daban al comedor un aire de cálida comodidad. Y elevaban también en unos grados la temperatura que el termostato presidencial, dando ejemplo de economía de energía, había limitado a 17 grados centígrados.

A las siete en punto, el presidente y su esposa se sentaron a la mesa de caoba barnizada. Su hijo menor y la esposa de éste comían con ellos, así como su tercer retoño, una rubita de doce años. Componían el símbolo perfecto de la familia americana. El presidente ves-

tía vaqueros y camisa de lana a cuadros; su mujer, pantalón de terciopelo y chándal.

Como todos los domingos, la primera dama de Estados Unidos había despedido a los criados y preparado ella misma la sobria comida dominical que tanto gustaba a su marido: sopa de alubias rojas, unas lonchas de jamón de Virginia a la brasa y crema de caramelo. Única bebida: leche. Antes de sentarse, el presidente invitó a su nuera a recitar la acción de gracias, y los cinco comensales se asieron de la mano, pidiendo al Señor que bendijese su alimento. Esta oración era una de las muchas plegarias que pronunciaba diariamente el hombre piadoso que gobernaba Estados Unidos. Sólo el oficio religioso de la primera iglesia baptista de Washington le había hecho salir de su casa en ese día tan frío. Revestido de su sobrepelliz de diácono, había leído a los 1.400 fieles blancos y negros de su parroquia los salmos del segundo domingo de Adviento y comentado con fervor el mensaje de amor y de reconciliación que traía a los hombres la próxima venida del Mesías.

El presidente sonrió a su esposa y empezó a comer la sopa. Desde que ocupaba esa residencia, habían aparecido patas de gallo junto a sus ojos azules, habían encanecido sus cabellos rubios y rizados, y había desaparecido, poco a poco, su apostura juvenil. Después de cuatro años de estar en el poder, ese hombre de cincuenta y cuatro seguía siendo un enigma para la mayoría de sus compatriotas, uno de los jefes de Estado menos querido y menos comprendido del siglo actual. El destino había querido que su presidencia no estuviese marcada por ninguna de esas grandes crisis que agrupan una nación alrededor de su jefe, sino por un alud de engorrosos problemas, como la inflación, la baja del dólar y la decadencia del prestigio americano en el extranjero.

Ante la imposibilidad de galvanizar el patriotismo de sus conciudadanos con la conquista de alguna nueva frontera o con algún *New Deal*, había tenido que resignarse a ofrecerles las amargas realidades de las reducciones presupuestarias, de las restricciones de energía y de las otras limitaciones de un mundo que no marchaba ya al compás de los tambores americanos. Sus confusas cruzadas en favor de los derechos humanos, de la reducción de los gastos del Estado y de las reformas fiscales y sociales, sus desdichadas disputas con el Congreso, las vaci-

laciones, las torpezas y las mudanzas de su política exterior, habían dado a Estados Unidos y al mundo la imagen de un líder que andaba a tientas en vez de gobernar y que, en vez de vencer las situaciones, se dejaba dominar por ellas.

El país que dirigía no dejaba por ello de ser la nación más poderosa, más rica, más derrochadora, más envidiada y más imitada del planeta. Su producto nacional bruto era tres veces mayor que el de la Unión Soviética y superior al de Francia, Alemania Occidental, Gran Bretaña y Japón, en su conjunto. Era el primer productor mundial de carbón, de acero, de uranio y de gas natural. Su agricultura seguía siendo una maravilla de productividad, capaz de alimentar al mismo tiempo a su población y a la de la URSS. Nueve décimas partes de los ordenadores del mundo, casi todos los microprogramadores, tres cuartas partes de los aviones civiles y un tercio de los automóviles salían de sus fábricas.

Esta capacidad industrial iba acompañada de una potencia militar que —a pesar de los acuerdos de desarme SALT— representaba una fuerza de destrucción única en la historia de la Humanidad. Durante treinta años, Estados Unidos había gastado anualmente, por término medio, 130 mil millones de dólares para alcanzar ese poderío y dotarse de un arsenal termonuclear de tan terrible eficacia que el presidente podía, en su calidad de jefe supremo de los ejércitos, destruir cien veces la Unión Soviética y borrar todo rastro de vida en el planeta, mientras que la integridad del territorio americano quedaba garantizada por el sistema de vigilancia electrónica y de alerta por satélites más sofisticado que podía producir la tecnología moderna. Siete redes detectoras observaban el espacio circundante americano con precisión capaz de detectar, a cientos de millas de las costas, el paso de un pato migrador.

Así, protegidos por el valor disuasorio de su poder nuclear, los americanos podían considerarse como una casta privilegiada. De todos los habitantes de la Tierra, eran los que corrían menos peligro de ser víctimas de un exterminio atómico.

El jefe del Estado acababa de comer la sopa cuando sonó el teléfono en el salón contiguo. Esto ocurría muy raras veces en las habitaciones privadas de la Casa Blanca. Al contrario de sus predecesores, el

presidente prefería la lectura de un informe a las conversaciones por teléfono, y sus colaboradores tenían órdenes de limitar el empleo de su línea a los mensajes de gran urgencia. Su esposa fue a contestar la llamada y volvió con rostro preocupado.

—Es Jack Eastman. Desea verte en seguida.

Jack Eastman era el consejero del presidente en cuestiones de Seguridad Nacional. General de Aviación, de cincuenta y seis años y cabellos grises cortados a cepillo, acababa de sustituir a Zbigniew Brzezinski en la oficina de la esquina del ala oeste de la Casa Blanca, hecha célebre por Henry Kissinger.

El presidente se disculpó y salió. Dos minutos después, penetró en el despacho de sus dependencias privadas. Le bastó una mirada a su colaborador para comprender la gravedad de su visita. Tan parco en palabras como en ademanes, Eastman le entregó inmediatamente una carpeta de cartón.

—Señor presidente, creo que debe enterarse de este pliego. Es la traducción de una cinta grabada en árabe y dirigida a usted que fue depositada a primera hora de la tarde en el puesto de guardia principal.

El presidente abrió la carpeta y leyó las dos hojas mecanografiadas.

Consejo Nacional de Seguridad

Ref.: 412.471 - 136.281

TOP SECRET

Exposición: Hoy, 13 de diciembre, a las 15.31 horas, ha sido entregado al oficial de guardia de la puerta Madison de la Casa Blanca, por una mujer no identificada, un sobre cerrado. Este sobre contenía:

1. Un plano, levantado a escala industrial, de un aparato de naturaleza desconocida.
2. Un legajo compuesto de cuatro páginas de cálculos matemáticos y físicos.
3. Una casete de treinta minutos, grabada con la voz de un hombre que hablaba en árabe.

Traducción de la cinta, realizada por E. F. Sheenan, del Departamento de Estado:

Día sexto del mes de Jumad al Awal, del año 1401 de la Hégira.

Yo te saludo, ioh, presidente de la República de Estados Unidos de América! Que al recibir este mensaje goces, por la gracia de Alá, de la bendición de una salud feliz.

Me dirijo a ti porque eres un hombre misericordioso, sensible a los sufrimientos de los pueblos inocentes y martirizados.

Afirmas que quieres restablecer la paz en el Próximo Oriente, y ruego a Dios que te bendiga por este esfuerzo, pues también yo soy hombre de paz. Pero no puede haber paz sin justicia, y no habrá justicia para mis hermanos árabes de Palestina mientras los sionistas, con la bendición de tu país, sigan robando la tierra de mis hermanos para instalar en ella sus colonias ilegales.

No habrá justicia para mis hermanos árabes de Palestina mientras los sionistas les nieguen, con la bendición de tu país, el derecho a volver a la patria de sus padres.

No habrá justicia para mis hermanos de Palestina mientras los sionistas ocupen nuestra mezquita sagrada de Jerusalén.

Por la gracia de Dios, yo estoy hoy en posesión del arma de destrucción absoluta. Te envío, con este mensaje, la prueba científica de esta afirmación. Doliéndome en el alma, pero con clara conciencia de mi responsabilidad para con mis hermanos de Palestina y todos los pueblos árabes, decidí hacer transportar esta arma al interior de tu isla de Nueva York, donde se encuentra actualmente. Y me veré obligado a hacerla explotar en un plazo de treinta y seis horas a contar desde la medianoche de hoy —o sea a las 12 de pasado mañana, martes 15 de diciembre, hora de Nueva York— si, en el intervalo, no has obligado a tu aliado sionista a:

1. Evacuar sus colonias ilegalmente instaladas en los territorios robados a la nación árabe en el curso de su guerra de agresión de 1967.
2. Evacuar a todos sus súbditos residentes en la zona este de Jerusalén y en el sector de nuestra santa mezquita.
3. Anunciar al mundo su intención de permitir a todos mis hermanos palestinos que lo deseen el regreso inmediato a su patria y el goce de todos sus derechos como pueblo soberano.

Debo advertirte, además, que, si dieses publicidad a esta comunicación o empezases de alguna manera la evacuación de Nueva York, me vería

obligado a hacer explotar inmediatamente la bomba aniquiladora colocada en la ciudad.

Pido a Dios que, en esta hora tan grave, te otorgue el don de su misericordia y su sabiduría.

MUAMAR EL GADAFI

Presidente de la Jamahiriya Árabe Libia Popular Socialista.

El presidente interrogó, estupefacto, a su colaborador:

—¿Es una broma, Jack?

—Esperemos que así sea. Todavía no hemos podido comprobar si este mensaje procede realmente de Gadafi o si es obra de unos sinistros guasones. Sin embargo, nos preocupa que el Servicio de Urgencia Nuclear del Ministerio de Energía haya dicho que el plano que acompaña al mensaje es un documento sumamente complicado. Ha sido enviado al laboratorio de Los Álamos para una peritación a fondo. Esperamos el resultado. He convocado el Comité de Crisis para las 20 horas, por si fuese necesario. Pensé que debía informar a usted de ello.

El presidente agachó la cabeza, con aire de consternación. Era el primer jefe de Estado de un gran país de la era atómica que tenía un sólido conocimiento de los misterios de la física nuclear. Y ninguna región del mundo le había causado tantas preocupaciones e inspirado tanta compasión como el Próximo Oriente. La paz en el Próximo Oriente había sido su obsesión casi permanente desde el día en que se había instalado en la Casa Blanca. Y es que, de una manera extraña, en cierta forma, simbólica, conocía y amaba los *djebels* y las llanuras rocosas de aquella zona, casi tanto como las gredosas colinas de su Georgia natal. Los visitaba cada día en su imaginación al leer la Biblia.

—Jack, me parece inverosímil que semejante amenaza proceda de Gadafi —dijo, apretando el dedo índice sobre el hoyuelo de su mentón—. Se trata de una acción demasiado irracional. Ningún jefe de una nación soberana se atrevería a hacernos un chantaje como éste, ocultando una bomba atómica en Nueva York. Aunque matase a treinta mil personas, no puede ignorar que nosotros no vacilaríamos, como represalia, en destruirle a él y a toda la población de su país. Tendría que haberse vuelto loco para hacer una cosa tan disparatada.

—Soy de su misma opinión. Por esto me inclino personalmente a pensar que se trata de una broma pesada o, en el peor de los casos, de una comedia urdida por un grupo terrorista que se escuda en el nombre de Gadafi.

Eastman veía las luces del árbol de Navidad plantado en el césped de la Casa Blanca, como un ramillete de estrellas multicolores centelleando en la oscura noche de diciembre. El timbre del teléfono le sacó de su contemplación.

—Debe de ser para mí —dijo, excusándose—; avisé al operador de que estaría con usted.

Mientras su consejero se dirigía al teléfono, el presidente se acercó a la ventana y observó con melancolía los faros de los escasos coches que subían por Pennsylvania Avenue. No era el primer presidente americano que tenía que enfrentarse a un chantaje terrorista nuclear en una ciudad americana. Gerald Ford había tenido ese triste privilegio en 1974, y también a propósito del conflicto del Próximo Oriente. Unos palestinos le habían amenazado con hacer estallar una bomba atómica en el corazón de la ciudad de Boston, si once camaradas suyos no eran sacados de las cárceles israelíes. Como la mayoría de otra cincuentena de casos semejantes producidos a continuación, la amenaza había resultado falsa. Pero, durante varias horas, Gerald Ford había tenido que prever la evacuación de la capital de Massachusetts. Los habitantes de Boston no se enteraron de nada.

—¿Señor presidente? —El jefe del Ejecutivo se volvió y vio que su consejero había palidecido intensamente—. Acaban de llamar desde el laboratorio de Los Álamos. Según el primer análisis, el plano corresponde a una verdadera bomba atómica.

Una elegante joven envuelta en un abrigo de piel de lobo penetraba en aquel momento en una cabina de los lavabos de la estación central de Washington. Se quitó la peluca rubia que se había puesto para ir a entregar el sobre del coronel Gadafi en la Casa Blanca, y peinó cuidadosamente sus cabellos negros recogidos en un moño. Metió la peluca en el fondo de su bolso y salió apresuradamente a la inmensa rotonda

flanqueada de concavidades copiadas de las de los baños romanos de Diocleciano.

Leila Dajani era hermana del pasajero del *Dyonisos*. Torció a la izquierda y se dirigió a una galería, donde encontró lo que buscaba: las casillas metálicas de la consigna automática. Abrió una al azar, depositó un sobre en ella, introdujo en la ranura dos monedas de veinticinco centavos y retiró la llave. Volvió a cruzar el vestíbulo, entró en una cabina telefónica y marcó un número. Cuando la persona llamada descolgó el aparato, se limitó a murmurar el número de la llave que tenía en la mano: «K-602.»

Tres minutos más tarde, llegaba corriendo al andén número 6 y tomaba el último tren Metroliner con destino a Nueva York.

La llamada de la joven palestina había sonado en una cabina telefónica de la esquina de Broadway y la calle 42, de Nueva York. Después de anotar el número de la llave, el ocupante de la cabina introdujo cuatro monedas de veinticinco centavos en el aparato y marcó el prefijo 202 y, después, el 456.14.14. Era el número de la Casa Blanca. Habló unos momentos con la telefonista, colgó, se ajustó el gorro de astracán, salió y se perdió entre la multitud de noctámbulos de Times Square.

Cuarentón y corpulento, con una seria expresión intelectual en su rostro rubicundo, fino bigote negro y gafas de gruesa montura, Whalid Dajani era el tercer miembro del trío familiar palestino a quien las circunstancias habían puesto al servicio de Gadafi para el cumplimiento de su amenaza contra Nueva York.

Dajani saboreó maravillado el espectáculo de Broadway. «No se nota la crisis de energía en la “gran vía blanca”, en este reguero de luces», pensó, contemplando los escaparates resplandecientes, los tapices de colores que formaban los gigantescos anuncios eléctricos al trepar por los muros de la noche. El espectáculo de las aceras le sorprendió aún más. En la esquina de la calle 43, coristas del Ejército de Salvación, temblando en sus uniformes azul marino, cantaban resueltamente: *Venid a mí, hijos de Dios*, a pocos metros de un enjambre

de prostitutas que exhibían sus encantos bajo provocativos pantalones de lentejuelas. Había un muestrario poco común de humanidad en aquella muchedumbre. Turistas que iban de parranda; noctámbulos distinguidos, de esmoquin y vestido de noche, que se dirigían al teatro o al cabaret; chulos con abrigo de cuero y botas de tacón alto; muchachos de los barrios de barracas de la ciudad alta, que iban a soñar en esa orgía de luces; mendigos que tendían la gorra; policías regordetes que patrullaban con la porra en la mano; carteristas y descuideros en busca de víctimas; soldados y marinos cantando a voz en grito. En la esquina de la calle 46, un hombre de negra levita increpaba a los transeúntes con voz amenazadora: «¡El fuego del infierno y la condenación os esperan, habitantes de Sodoma y Gomorra!» Un poco más arriba, en la misma Broadway, un papá Noel, tan flaco que los postizos de su traje no conseguían darle el físico propio de su función, agitaba una campanilla ante un caldero en el que llovían las limosnas. Detrás de él, dos travestis con pelucas de un rubio oxigenado, camelaban a sus clientes en el umbral de una puerta, con voces de falsete que no dejaban la menor duda sobre su sexo. Una humanidad bulliciosa, pegajosa, múltiple, deslizándose en un congo de luces; un mosaico breugheliano cuya vibrante enormidad percibía el palestino a cada paso. Al cruzar la avenida, Whalid Dajani sintió de pronto como una puñalada en el fondo del estómago. ¡Su úlcera! Entró precipitadamente en el primer *milk-bar* que encontró y pidió un vaso de leche. Se la bebió con la misma avidez de un alcohólico echándose al colete el primer whisky del día. Después, reanudó su marcha por Broadway.

Al poco rato, el eco de la voz de Frank Sinatra cantando una de sus viejas tonadas le indicó el emplazamiento de la tienda que buscaba. Entró en un establecimiento de radio y de discos violentamente iluminado, pasó por delante de la exposición de álbumes y de casetes y se detuvo ante el mostrador de casetes vírgenes. Hurgó en los casilleros hasta encontrar una de treinta minutos y de marca BASF.

—Oiga, amigo —le dijo el vendedor—, estamos haciendo una promoción de las Sony. Tres casetes por 4 dólares y 9 centavos.

—Gracias, pero prefiero las BASF —respondió Whalid Dajani.

Al salir, atrajo su mirada el gigantesco cartel del fumador de ciga-

rrillos Winston, lanzando anillos de humo. Todavía faltaban dos horas para su cita. Siguió su paseo por la legendaria avenida, hoy invadida por una profusión de *sex-shops*, salones de masaje y salas de cine pornográfico. Eligió una película cuyo título prometedor, *Las ángeles de Satán*, le hizo sonreír.

A varias manzanas de Times Square, las Hermanas de la Caridad, de la Orden de San Vicente de Paúl, del Centro Kennedy para Niños Inadaptados, se disponían a presenciar un espectáculo de clase muy diferente. Tierna y cariñosamente, conducían un grupo de niños hacia el árbol de Navidad, que se alzaba en medio de la sala de fiestas como una antorcha de esperanza. Sus pasos inseguros, sus miradas oblicuas, sus bocas deformadas, delataban la maldición que había caído sobre ellos: eran mongólicos.

La madre superiora hizo sentar a sus protegidos en semicírculo alrededor del abeto. Al ver las guirnaldas de bombillas que lo iluminaban, la alegría de los asombrados niños estalló en una charla patética y discordante. Entonces, la superiora se dirigió a los padres asistentes.

—Maria Rocchia inaugurará nuestra fiesta cantando *Nació el Niño divino*.

Tomó de la mano a una niña de unos diez años y largas trenzas castañas sujetas con cintas de color de rosa. Paralizada por el miedo, la criatura permaneció muda. Por fin, emitió un sonido que no era más que un ronco lamento. Presa de violentos temblores, empezó a patear. Todo su cuerpecito experimentaba sacudidas, como bajo los efectos de una descarga eléctrica.

Sentado en primera fila, un hombre de unos cincuenta años, que vestía un serio traje gris, se enjugaba la frente. Cada convulsión de la niña, cada sonido incoherente que brotaba de sus labios, le herían dolorosamente. Era su única hija. Desde que su madre había muerto de leucemia, hacía tres años, vivía en la casa de las hermanas.

Angelo Rocchia miraba a su hija con apasionado amor. La tempestad que sacudía la frágil silueta acabó por amainar. Y al fin oyó una

palabra vacilante, y después, otra, y otra más. La voz seguía siendo ronca, pero no desentonaba al cantar la melodía.

*Nació el Niño divino,
cantemos su advenimiento.*

Angelo se enjugó las sienes grises y se desabrochó la chaqueta, suspirando aliviado. Uno de los atributos de su profesión apareció entonces sobre su cadera derecha. Era un Smith & Wesson de servicio, calibre 38. El padre de la niña que luchaba con las estrofas de su canción de Navidad era el inspector principal de la brigada criminal de la policía neoyorquina.

En un puesto de mando subterráneo de los alrededores de Germantown, Maryland, a cuarenta kilómetros de la Casa Blanca, un hombre descolgó el teléfono. Aquella noche de domingo, Jim Davis estaba de guardia en el puesto de mando de Urgencias Nucleares del Departamento de Energía, uno de los numerosos fortines secretos desde los que serían gobernados Estados Unidos en caso de guerra nuclear.

Siguiendo las órdenes que Jack Eastman, consejero del presidente de Estados Unidos en cuestiones de Seguridad Nacional, había dado unos minutos después de la llegada del informe preliminar del laboratorio atómico de Los Álamos sobre la naturaleza de la bomba de Gadafi, Davis se disponía a poner en movimiento el proceso más eficaz inventado por el Gobierno norteamericano para hacer frente a una amenaza nuclear terrorista. Su teléfono le daba acceso directo al sistema protegido de comunicaciones militares Autodin-Autovon, red cuyos números de cinco cifras se consignaban en un volumen verde de setenta y cuatro páginas que era, probablemente, el anuario más confidencial del mundo.

—Centro del mando militar nacional, comandante Evans —anunció una voz, contestando desde otro puesto de mando subterráneo, construido debajo del Pentágono.

—Aquí el centro de operaciones de urgencia del Departamento de

Energía –dijo Davis–. Tenemos una emergencia nuclear. Prioridad «Flecha rota».

Reprimió un estremecimiento al pronunciar ese nombre en clave, que significaba la más alta prioridad atribuida por el Gobierno norteamericano a una crisis nuclear en tiempo de paz.

–Lugar de la emergencia –siguió diciendo–: la ciudad de Nueva York. Pedimos los medios de transporte aéreo necesarios para el traslado de la totalidad de nuestro personal especializado y de su material.

Esta petición iba a lanzar al combate una de las organizaciones más secretas del Estado norteamericano, un arcópagos de sabios y de técnicos mantenidos en estado de alerta, de día y de noche, en la sede del Departamento de Energía, así como en diversos laboratorios atómicos de Estados Unidos. Era oficialmente conocida por las iniciales NEST, de Nuclear Explosive Search Teams, brigadas de busca de explosivos nucleares. Con sus ultrasensibles detectores de neutrones y rayos gamma, y sus técnicas de investigación sumamente perfeccionadas, los equipos Nest ofrecían la única posibilidad científica de hacer fracasar la amenaza dirigida por la tarde al presidente de Estados Unidos.

En su puesto de mando del Pentágono, el comandante Evans compuso inmediatamente una serie de fórmulas en clave en el teclado de un terminal de ordenador. En un segundo apareció en la pantalla la lista de operaciones que tenía que realizar para cumplir la misión que acababa de serle confiada. Debía asegurar el transporte por aire de doscientos hombres con su equipo, partiendo de las bases de Kirkland (Nuevo México) y de Travis (California). Para esto, el mando del transporte aéreo de la base de Scott (Illinois) tenía cuatro Starlifter C-141 en alerta permanente. El ordenador concretó, en fin, que todo el personal y sus materiales deberían ser desembarcados en secreto en la base de McGuire, de Nueva Jersey. Era la base más próxima a Nueva York, capaz de recibir los aviones de carga Starlifter. Sólo estaba a una hora en automóvil de Manhattan.

Evans volvió a teclear, y nuevas indicaciones aparecieron en la pantalla.

—Su primer aparato aterrizará en Kirkland a las 18.30, hora local —pudo precisar un segundo más tarde al oficial del Departamento de Energía que le había llamado.

En el cielo de Kansas, un Starlifter que transportaba motores de recambio con destino a una base de Texas, cambió bruscamente de rumbo para dirigirse al suroeste, a buscar en Nuevo México los primeros elementos de las brigadas Nest. Inclinado sobre sus mapas, en la penumbra de la cabina, el piloto preparaba ya su plan de vuelo hacia Nueva York.

A las 20 horas, el presidente de Estados Unidos hizo su entrada en la sala de conferencias del Consejo Nacional de Seguridad, emplazada en el subsuelo del ala oeste de la Casa Blanca. Todos se pusieron en pie. La familiar aparición provocaba siempre una viva curiosidad. Incluso para sus ministros más curtidos, una especie de aureola envolvía la persona del jefe del Estado. El peso de sus responsabilidades, el alcance de sus poderes, la fuerza que encarnaba, hacían de él un ser singular, aunque absolutamente humano. Esa noche, como siempre que se producía una crisis, se añadía a este sentimiento habitual el peso de la angustia y el impulso de una sorda esperanza que sólo él podía despertar.

—Les agradezco que hayan venido, señores, y les pido que recen conmigo para que la crisis que nos reúne aquí no sea más que una broma detestable.

Con su vulgar mesa ovalada y sus sillones tapizados de escay rojo, la sala del Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos parecía la de juntas de un pequeño banco de provincias. Sin embargo, era allí, entre aquellas paredes de un verde pálido, donde Kennedy había previsto el estallido de la tercera guerra mundial, durante la crisis de los misiles cubanos; donde Johnson había decidido enviar medio millón de estadounidenses a Vietnam; donde Nixon había proyectado la caída de Salvador Allende y el reconocimiento de China. El propio presidente había discutido, en esa sala, las consecuencias del derrocamiento del sah del Irán y la respuesta de Estados Unidos a los dramáticos desafíos lanzados por su sucesor.

La aparente vulgaridad de la estancia era engañosa. Un simple botón hacía que se desenrollasen gigantescas pantallas de proyección y mapas del mundo. Delante de cada sillón, un cajón contenía un teléfono, equipado con un sistema automático de interferencias. Y, sobre todo, por ser contigua al centro de telecomunicaciones de la Presidencia de Estados Unidos, esa pieza estaba enlazada, por hileras de pupitres de transmisión provistos de pantallas de vídeo, a todos los órganos de mando del Estado: el Pentágono, la CIA, el Departamento de Estado, la Agencia Nacional de Seguridad, el alto mando de las fuerzas aéreas estratégicas. Las instrucciones emanadas de esta sala podían ser de ese modo transmitidas a todas las instalaciones americanas de todo el mundo, ya fuese al oficial artillero del portaaviones *Kitty Hawk*, situado delante del estrecho de Ormuz, frente a las instalaciones petrolíferas iraníes, ya fuese a todos los aviones militares de Estados Unidos en vuelo en todos los cielos del globo. En un rincón se encontraba el famoso «teléfono rojo» entre la Casa Blanca y el Kremlin, y que no es un teléfono propiamente dicho, sino un teletipo.

Con un ademán, el jefe del Estado invitó a sus colaboradores a tomar asiento. Curiosamente, la asamblea parecía un equipo de golfistas de regreso de una competición, más que el Estado Mayor del Gobierno de Estados Unidos para momentos de crisis. Los secretarios de Defensa y de Energía, los directores de la Agencia Central de Información (CIA), de la Oficina Federal de Investigación (FBI), de la Seguridad Federal norteamericana, el presidente del Comité de Jefes de Estado Mayor y el subsecretario de Estado lucían el sensible atuendo dominguero que llevaban al ser sorprendidos por la llamada del general Eastman; vaqueros, camisas de cowboy, chaquetas deportivas e incluso camisetas de gimnasia.

La acerada mirada del presidente recorrió la asamblea y se detuvo en Eastman.

—Jack, ¿por qué no está aquí James?

En los momentos graves, todo hombre aspira a tener a su lado un ser, masculino o femenino, que pueda ponerse completamente en su lugar y aconsejarle como amigo en el momento crítico de las decisiones. Aunque se supiese rodeado de los mejores cerebros de la nación,

el presidente no escapaba a esta necesidad. Por esto había traído de su Georgia natal un pequeño equipo de fieles, de cómplices, de *boys*, y los había instalado en la Casa Blanca. James Mills, de treinta y cuatro años, antiguo estudiante de ciencias políticas, era uno de ellos.

Cada vez que se hallaba ante un problema, el presidente empezaba analizando sus principales elementos. Esa manera de proceder, un poco lenta, pero metódica, la debía a su formación militar. Pidió al general Eastman que leyese la carta de Gadañi recibida por la tarde, y dijo seguidamente:

—Creo, señores, que, antes de pensar en emprender la menor acción, tenemos que responder a una primera pregunta: esta amenaza ¿va realmente en serio?

Un murmullo de aprobación acogía su sugerencia, cuando brotó una voz del amplificador colocado en el centro de la mesa de conferencias. La comunicación venía de Nuevo México. Harold Wood, director del laboratorio atómico de Los Álamos, hablaba desde el otro extremo de la línea.

Con sus tupidos cabellos rubios estriados de blanco y su complexión atlética, el hombre que se disponía a hablar parecía más un leñador sueco que un investigador de laboratorio. Sin embargo, Harold Wood era uno de los últimos supervivientes del prestigioso equipo de sabios que, una noche de invierno de 1942, había hecho entrar el mundo en la era atómica. Sus compañeros —Einstein, Oppenheimer, Bohr, Fermi...— habían desaparecido, pero sus retratos estaban allí, en las paredes de su despacho, como fiel homenaje al recuerdo de los pioneros de la epopeya nuclear. El centro de Los Álamos, dirigido por él, era el templo de la ciencia atómica norteamericana. Era allí, en pleno corazón del gran desierto pedregoso de Nuevo México, al pie de las vertiginosas escarpas de la meseta del Pajarito, donde Agnew y sus compañeros habían construido, en 1945, la primera bomba atómica.

Treinta y seis años más tarde, en el mismo lugar, Agnew acababa de enterarse de que sus trabajos, realizados por el bien de Estados Unidos, amenazaban con volverse contra ellos. Rodeado de su equipo, había

empleado toda la tarde en pasar por el tamiz los documentos técnicos adjuntos a la casete de Gadafi, comprobando las columnas de fórmulas matemáticas, las densidades neutrónicas, los factores calóricos, las curvaturas de las lentes. A medida que los ordenadores escupían los resultados, la realidad aparecía, inexorable. Y ahora, con un nudo de emoción en la garganta, Harold Wood iba a comunicar el resultado de su estudio a la suprema autoridad de su país. Desde su despacho percibía las luces de Los Álamos, sus lindas villas de estilo mexicano, su iglesia con campanario de espadaña, sus escuelas floridas, la atractiva ciudad cuya única razón de existir era la fabricación de las mortíferas armas nucleares.

Apenas alterada por la distancia, la voz del físico llenó la sala de conferencias de la Casa Blanca. Los semblantes eran graves, atentos. Como en todos los momentos solemnes, el presidente había cruzado las manos sobre la mesa. Y escuchaba, concentrado, tenso.

—Señor presidente, el diseño y las indicaciones que figuran en los documentos que nos han sido enviados no corresponde a una bomba atómica... —Un «¡Ah!» general de alivio sofocó momentáneamente su voz—. El diseño en cuestión corresponde en realidad a una bomba de hidrógeno... —El sabio carraspeó—. Una bomba H de tres megatones. Ciento cincuenta veces más potente que la bomba de Hiroshima.

Kamal Dajani, el pasajero del *Dyonisos* llegado clandestinamente a Nueva York tres días antes, observó cuidadosamente las casas a su alrededor. Ni una ventana estaba iluminada. En cuanto se hubo asegurado de esto, se agachó y avanzó a gatas sobre el tejado helado. Arrastraba un saco de golf que contenía los elementos de una antena de televisión, así como los de una antena de radio de sensibilidad especial, debido a la aleación de bronce fosforoso que la componía. Cuando llegó a la chimenea fuera de servicio que había descubierto por la tarde, fijó en ella las dos antenas con una inclinación de 180 grados sur-sureste. El hombre que había elegido aquel viejo almacén de depósito del bajo Manhattan había seguido perfectamente sus instrucciones. Ningún obstáculo perturbaría allí la recepción de una señal.

El palestino comprobó minuciosamente su instalación. Un breve destello de su linterna le tranquilizó. Todo estaba en orden.

Siempre a gatas, emprendió el camino de regreso, desenrollando detrás de él el cable que había fijado a la base de la antena. De pronto, escuchó un estruendo de risas en la calle de abajo. Un grupo de noctámbulos salía de un bar próximo. Kamal contuvo el aliento. Tumbado sobre el borde del tejado, permaneció inmóvil hasta que la última carcajada se hubo extinguido en el fondo de la noche invernal.

Unas calles más allá, el jefe de redacción de *The New York Times* contemplaba el grueso fajo de galeradas colocado encima de su mesa. Aunque la actualidad de ese domingo no era muy interesante, *The New York Times* permanecía fiel a su divisa. El número de mañana ofrecería, en sus 248 páginas, «todas las noticias dignas de ser publicadas», es decir, más informaciones que cualquier otro periódico del mundo: más comentarios, entrevistas, reportajes, resultados, estadísticas, consejos; más despachos de más lugares del universo, desde la Casa Blanca hasta la frontera ruso-china; desde los pasillos de Wall Street hasta los palacios de los emires del petróleo; desde los vestuarios del Yankee Stadium hasta las antecámaras del Kremlin. El diario que nacía cada noche en los catorce pisos del venerable *building* de la esquina de Broadway y la calle 43 era una institución única. Era la conciencia de América, un espejo de la historia tan universal que, según se decía, «si un suceso no aparecía en las páginas de *The New York Times*, era que no se había producido».

Antiguo redactor deportivo, Myron Pick dirigía la redacción neoyorquina del diario: un equipo de unos setecientos periodistas instalados en una sala tan grande como la nave de una catedral. Su alta silueta filiforme señoreaba sobre ellos en una especie de puente de mando que dominaba una multitud de mesas metálicas llenas de máquinas de escribir, teléfonos y teletipos. El ambiente era el propio de Nueva York: confuso, ruidoso, superpoblado. Tabiques de cristal dividían la sala en un mosaico de especialidades que llevaban por nombres «Información general», «Economía», «Sociedad», «Ciencias», «Deportes», «Arte y espectácu-

los», «Inmobiliaria», «Ocio», «Necrológicas»... Pick había tardado años en identificar a sus ocupantes: reporteros deportivos que aparecían fugazmente, críticos de teatro con horarios de pájaros nocturnos, comentaristas de ajedrez ceremoniosos como notarios, viejos especialistas en sucesos, redactores de páginas necrológicas, taquígrafos de prensa trabajando en la sombra para la CIA, lobeznos hambrientos de primeras noticias, columnistas, reporteros de sociedad, investigadores, cronistas, *rewriters*, algunos emboscados detrás de las columnas o colocados tan lejos, que los predecesores de Pick empleaban antaño gemelos para vigilarles. Un mundo heterogéneo, también a imagen y semejanza de Nueva York, con su mezcolanza de genios, artistas, chillados y vagabundos.

Como siempre, una viva agitación precedía al cierre. Se multiplicaban las idas y venidas de los periodistas, los timbrazos de los teléfonos, las crepitaciones de las máquinas de escribir. Pick y sus ayudantes recorrían los departamentos para apremiar a los que se retrasaban y comprobar la fotocomposición de los últimos artículos. Dentro de unos minutos, las rotativas empezaban a imprimir el periódico. Esta agitación febril no cesaría en toda la noche, porque las ediciones se sucederían hasta el alba, en una cadena sin fin de papel que devoraba anualmente más de cinco millones de árboles.

«Grace Knowland, ¡la llama Mr. Pick!»

Todavía funcionaba el altavoz que había hecho temblar a generaciones de reporteros. Una joven alta, con pantalón y chaqueta de *tweed*, respondió a la llamada. Grace Knowland, de treinta y cinco años, hacía seis que trabajaba como redactora de las páginas neoyorquinas del *Times*. Había subido uno a uno los peldaños de la rígida jerarquía que obligaba a las recién llegadas a sentarse primero en el fondo de la sala para recoger algunas migajas de actualidad: la ruptura de una canalización de Brooklyn, el nacimiento de un oso panda en el zoo del Bronx o la fiesta nacional ucraniana. Un año ocupándose de los «sucesos» del distrito de policía del sur de Manhattan había completado su experiencia, haciéndola avanzar unos cuantos grados. El asesinato de una joven en una acera de un pacífico barrio del East Side le había dado su oportunidad. En el curso de su investigación, había descubierto que al menos treinta y ocho personas habían oído los gritos de socorro de la

víctima. Y nadie se había movido. Su artículo había trastornado a los lectores del *Times* y ascendido a Grace a la tercera fila de la sala de redacción. Esta joven alta, fisgona, seria, eficaz, era precisamente la clase de reportero que necesitaba Myron Pick para realizar las ideas que bullían en su espíritu inquieto. Le gustaba enviarla a explorar las realidades neoyorquinas: la contaminación, los transportes, los hospitales, el sistema de educación pública, los conflictos raciales, los corredores de apuestas, la corrupción municipal. Su artículo de la antevíspera, denunciando la incapacidad de los servicios urbanos para limpiar las calles de Nueva York después de la última nevada, había provocado un alud de correspondencia y de llamadas telefónicas aplaudiendo sus críticas.

Myron Pick tenía una manera casi hipnótica de comunicarse con sus periodistas. Rodeó el cuello de la joven con un brazo y la arrastró al pasillo para hablarle al oído. Ese tono confidencial daba siempre un relieve particular a lo que tenía que decir.

—Parece que tu artículo ha hecho cundir el pánico en el Ayuntamiento. El alcalde acaba de anunciar que dará una conferencia de prensa, mañana por la mañana, a las nueve, para rebatir tus acusaciones contra el servicio urbano de limpieza. Tienes que ocuparte de esto, querida. —Su tono se hizo más confidencial—. Ya sabes, estas historias apasionan a la gente.

En la Casa Blanca había caído un silencio angustioso sobre los miembros del Comité de Crisis. Todos estaban aturridos por las conclusiones del laboratorio nuclear de Los Álamos. La bomba de hidrógeno representaba el refinamiento supremo descubierto por el hombre en su incansable carrera hacia su destrucción. Contrariamente a la bomba atómica corriente, resultado de la aplicación práctica de una teoría científica universalmente conocida, la fabricación de una bomba H dependía de un secreto, el secreto más colosal desde que los trogloditas de la antigüedad habían aprendido a dominar el fuego. Sin duda el secreto más furiosamente guardado del planeta. Decenas de millares de físicos competentes conocían el principio de la bomba atómica.

Pero sólo trescientos, o quizá menos, poseían la fórmula mágica de la bomba de hidrógeno.

La voz metálica de Harold Wood llenó de nuevo la sala.

—Se trata de un ingenio parecido a «Mike», nuestra primera bomba H, probada en el atolón de Eniwetok en 1952. Está concebido para ser colocado en un cilindro del tamaño de un barril de petróleo. Calculamos que debe de pesar, aproximadamente, una tonelada. Una toma de corriente hembra, fijada en la parte superior del aparato, permite conectarlo con un dispositivo de ignición. Este dispositivo, independiente, funciona probablemente bajo la acción de un impulso radioeléctrico.

Una sorpresa cada vez más viva se reflejaba en la mayor parte de los semblantes alrededor de la mesa. Sólo el presidente permanecía impávido. Aprovechando una pausa, preguntó:

—Mr. Wood, ¿puede indicarnos qué tipo de bomba atómica debe hacer explotar esta bomba H?

Esta pregunta denotaba la experiencia del presidente en materia de armamento nuclear.

—Una bomba de plutonio 239, señor presidente. Absolutamente simple y clásica. Dos hemisferios de plutonio de un peso de 2,4736 kilogramos. ¡Lo suficiente para provocar una buena masa crítica!

—¿Y el explosivo para hacer detonar la bomba A?

—Tserdlov 6. Un excelente producto ruso.

—¿Y las lentillas?

El presidente se refería a los minúsculos sistemas ópticos destinados a convertir las numerosas ondas de choque provocadas por la explosión del Tserdlov en una serie de haces perfectamente simétricos y capaces de aplastar de un solo impacto el plutonio en el corazón de la bomba A.

—Se trata de una variante de las viejas lentillas Greenglass. Rudimentarias, pero eficaces.

Cada respuesta provocaba una mueca imperceptible en el rostro del presidente. Mirando el altavoz con dolorosa intensidad, siguió preguntando:

—¿Y los materiales para la bomba H, Mr. Wood? ¿Es concebible que el coronel Gadafi haya podido procurárselos?

—¡Con toda facilidad! Debió de empezar empleando cloruro de litio. Es un producto químico que se encuentra en el comercio. Se utiliza en ciertos acumuladores eléctricos. Cuesta menos de un dólar la libra. También necesitó un poco de agua pesada. Pero cualquier receta científica o médica permite comprarla.

La voz del físico se hizo grave, casi solemne:

—Lo terrible del caso, señor presidente, es que, cuando se conoce la fórmula, no es muy difícil construir una bomba de hidrógeno. Basta con tener una bomba atómica y unos cuantos productos químicos muy corrientes.

Estas palabras flotaron un largo momento en el saturado aire de la sala de conferencias. Esforzándose en parecer tranquilo y objetivo, el jefe del Estado formuló entonces la pregunta capital que angustiaba a todo el mundo:

—En la hipótesis de que la bomba que acaba de describirnos exista en realidad, en la hipótesis de que se encuentre realmente oculta en Nueva York, y en la hipótesis, en fin, de que llegase a explotar, ¿cuáles serían sus efectos?

El altavoz permaneció mudo durante unos interminables segundos. Después, como si viniese de otro planeta, la voz súbitamente desincorporada de Harold Wood llenó de nuevo el salón:

—Nueva York sería borrada del mapa.

El inspector Rocchia contemplaba con orgullo el lento movimiento de las cabezas: los hombres se volvían siempre al pasar aquella joven alta, de pantalón y chaqueta de *tweed*, cabellos rubios y echarpe de pelo de camello flotando sobre los hombros, que se deslizaba con marcha felina y aire decidido entre las mesas del restaurante. Unos ojos alegres, un cutis espléndido y una naricilla respingona, como de un retrato de Reynolds, hacían olvidar definitivamente que la periodista Grace Knowland tenía treinta y cinco años, un hijo de doce, iy un pasado un tanto agitado!

—¡Salud, ángel mío! —dijo, depositando un beso furtivo en la frente del inspector, que empezaba a levantarse.

Se sentó al lado de él, en el banco tapizado de terciopelo, debajo del cuadro de la bahía de Nápoles y el Vesubio, que tanto apreciaba Angelo. Mientras ella encendía un cigarrillo, Angelo llamó al camarero.

Aunque era una noche de domingo, el restaurante Forlini estaba lleno de gente. Como decía el policía, era uno de esos sitios «donde se traslucen cosas». Su proximidad al Palacio de Justicia lo había convertido en lugar predilecto de reunión de oficiales de policía, magistrados, abogados, periodistas y cierto número de pequeños *mafiosi*.

Angelo ofreció un Campari con soda a Grace y levantó su vaso de Chivas seco. Bebía poco, pero le gustaba el viejo whisky y los alegres chianti de la Toscana.

–*Cheers!* –dijo.

–*Cheers!* ¿Cómo está Maria? Confío en que no te haya resultado demasiado penoso.

–Siempre ocurre lo mismo, ¿sabes? Uno se imagina que está curtido y... –Descascarilló un cacahuete y desvió la mirada–. Lo más duro es tener que confesar que no hay esperanza.

–Pidamos la comida –dijo Grace, esforzándose en sonreír–. Estoy muerta de hambre.

–Buenas noches, inspector. Les sugiero *piccate a la marsala*. ¡Son algo delicioso!

Angelo levantó los ojos. Había reconocido la voz de uno de sus confidentes titulares, un siciliano gordo que vestía traje azul petróleo y corbata de seda blanca. Le miró con condescendencia.

–¿Cómo van los negocios, Salvatore? ¿Estás un poco tranquilo estos días?

La sequedad del tono sorprendió a la joven. Siempre le asombraba la rapidez con que recobraba él sus reflejos de policía. Sin embargo, eran motivos profesionales los que habían facilitado este nuevo encuentro. Una encuesta sobre la gran criminalidad la había conducido un día a una oficina de la Homicide Squand de Manhattan. Con su perfil de emperador romano, sus cabellos grises y ondulados, su fino bigote a lo Vittorio de Sica y su tendencia a prolongar las erres como los tenores del Metropolitan Opera, el inspector que la había recibido tenía más aspecto de señor de la mafia que de policía. Ella había obser-

vado el botón negro de luto que llevaba en la solapa y su manera nerviosa de mascar cacahuets. Para no fumar, había explicado él.

La había invitado a almorzar. Las relaciones amistosas con un policía de alta graduación nunca son inútiles para un periodista, y por eso había aceptado ella. Pero ciertas circunstancias particulares habían dado pronto un matiz más personal a sus relaciones. Rocchia acababa de perder a su esposa, y ella, de divorciarse. Se habían visto con creciente asiduidad. Después, una noche tórrida de agosto habían ido a cenar a una marisquería de Shipshead Bay. Grace llevaba un vestido de algodón estampado, de generoso escote. Su maravilloso cutis hacía inútil el maquillaje. Sólo una sombra azul sobre los párpados y un toque de carmín para acentuar la curva de los labios.

Angelo la había contemplado aquella noche con nueva ternura. La brisa marina, la dulce euforia del Lecanina fresco, el bienestar de aquella noche de verano habían cristalizado sus sentimientos. Grace le había asido del brazo y se había apretado contra él. Estaban en período de vacaciones; su hijo estaba con la abuela, y ella se sentía libre por primera vez desde su divorcio. Habían regresado lentamente en coche, por la orilla del mar. Angelo vivía muy cerca de allí, en la punta de Coney Island, frente al mar, en un gran inmueble de Atlantic Avenue. Habían escuchado algunos discos clásicos y bebido un par de whiskies, y después, con toda naturalidad, habían terminado la noche juntos.

Sin embargo, la felicidad de aquella primera noche no había despertado una pasión devoradora en aquellos dos seres cuyas heridas eran demasiado recientes. Pero el bienestar tranquilo y satisfecho que experimentaban cada vez que se encontraban era su manera de amarse.

Grace lanzó un grito de alegría al ver las *piccate* que trajo el camarero. Su manera exuberante de expresar su regocijo encantaba a Angelo. Ella olió el perfume del marsala.

—¡Esto me dará fuerzas para enfrentarme con el sátrapa del alcalde! Porque, ¿no sabes?, ha convocado a la prensa para mañana a las nueve. Para replicar a la campaña de críticas contra los servicios municipales de limpieza de las calles. Cuatro días después del temporal de nieve del viernes, hay calles que aún no han sido limpiadas y gente que

no puede salir de los garajes. Al menor incidente, iesta ciudad se convierte en una trampa gigantesca!

Ambos sentían el mismo amor por su ciudad. Sabían tomarle el pulso, respirar sus olores, escrutar sus ruidos, espiar su alma. Nueva York fluía por sus venas como el Ganges sagrado por las de los *sadhúes* de Benarés.

El camarero había servido los cafés. Era tarde. Habían hablado mucho. Ella había bebido demasiado Soave Bolla y sentía un ligero vértigo. Aplastó su cigarrillo en el cenicero.

—No podré almorzar contigo el martes —declaró.

—¿Un reportaje?

Ella le miró con ternura, hundido el rostro entre las manos, con las largas cejas sombreando sus mejillas.

—No —dijo—. Debo someterme a una pequeña intervención. Nada grave.

Parecía turbada. El aire inquieto de Angelo la sorprendió y le dio aliento.

—A mi edad es una estupidez. No deberían ocurrir estas cosas.

—Permaneció un momento silenciosa—. Estoy embarazada.

El presidente levantó la mano para imponer silencio a sus colaboradores, que se habían recobrado de su estupor. «Las discusiones —pensaba—, sólo servirían para embrollar la situación.» Dominando su emoción, declaró:

—Caballeros, hay que pasar en seguida a la segunda cuestión: el chantaje de una bomba H en Nueva York, ¿procede realmente del coronel Gadafi?

La respuesta incumbía a las tres organizaciones que, gracias a sus medios casi ilimitados, hacían teóricamente de Estados Unidos la nación mejor informada del mundo. El presidente se volvió a su ex discípulo de la Escuela Naval, al cual había puesto al frente de la Central Intelligence Agency. Desde la revolución iraní, las deficiencias de la CIA habían sido una de sus constantes preocupaciones. El almirante Tap Bennington, de cincuenta y siete años, parecía muy confuso.

—No hemos podido establecer con certeza si la voz de la cinta es la de Gadafi —confesó—. Las grabaciones que tenemos de él se realizaron en condiciones demasiado diferentes como para que sea concluyente un estudio comparativo.

—Sin embargo, debe de haber en Washington algún diplomático libio capaz de identificar esta voz, de decirnos si se trata o no de la de Gadafi —dijo el presidente, con impaciencia.

El ex fiscal que dirigía el FBI, intervino con su cantarino acento de Luisiana.

—Lamento decirle, señor presidente, que no hemos podido encontrar uno solo de ellos —declaró Joseph Holborn, con aire compungido—. Ni aquí, ni en Nueva York. Parecen haberse evaporado todos.

El presidente masculló un juramento que sólo pudieron oír sus vecinos inmediatos.

—Sin embargo, tenemos razones para pensar que los documentos que le han enviado no han sido preparados en Estados Unidos. Nuestro laboratorio acaba de descubrir que la máquina de escribir utilizada para la redacción de los cálculos matemáticos es suiza. Una Olympic. De un modelo fabricado entre 1965 y 1970, que, según hemos podido averiguar, no se vendió nunca en Estados Unidos. El papel utilizado para el plano es de origen francés. Y, al parecer, sólo se vende en Francia. La casete es de la marca BASF, de Alemania Occidental. Un modelo muy corriente. Puede obtenerse, en Estados Unidos, en la mayor parte de las tiendas de material radiofónico. La ausencia total de ruidos de fondo y de parásitos indica que la grabación debió de realizarse en un estudio. Desgraciadamente, no hemos podido encontrar ninguna huella digital.

—¿Esto es todo?

—De momento, sí.

El presidente cogió un lápiz de encima de la mesa y apuntó con él al representante del Departamento de Estado.

—¿Y qué dice nuestra gente de Trípoli?

Las luces de neón acentuaban la melancolía habitual del semblante del subsecretario de Estado, Larry Middleburger, que sustituía a su ministro, en viaje oficial a América del Sur. De sus veinticinco años de

servicio en el Próximo Oriente, ese diplomático había traído una úlcera de estómago y una tenaz desconfianza de los árabes.

—Naturalmente, en cuanto recibí la noticia, puse sobre aviso a nuestro encargado de Negocios. Éste llamó inmediatamente al Ministerio de Asuntos Exteriores libio y a la Secretaría de la Presidencia; pero no pudo encontrar a ningún responsable. En Trípoli son ahora altas horas de la noche, y nadie parece estar al corriente de nada. Nuestro representante ha ido incluso al cuartel de Bab Azziza, donde residen habitualmente el coronel Gadafi y la mayoría de sus ministros. Los guardias no le han dejado entrar. Le han rogado que vuelva mañana. En todo caso, está seguro de una cosa: Trípoli está absolutamente tranquila esta noche; todo parece allí normal.

—¿Cuándo ha sido visto Gadafi en público por última vez?

—El jueves pasado, en la gran explanada del Castel de Trípoli, con motivo de una manifestación en pro del desarrollo rural. Según parece, estaba en excelente forma.

—¿Ninguna señal de nerviosismo, de tensión?

—Todo lo contrario. Según nuestro encargado de Negocios, parecía excepcionalmente tranquilo y de buen humor.

—¿Le han confirmado que se encuentra aún en Trípoli?

—Todavía no, señor presidente.

El imprevisible jefe del Estado libio había acostumbrado al mundo a sus fugas. Éstas duraban algunos días y, a veces, más. Sus desplazamientos se envolvían en un velo de misterio tal que, generalmente, nadie sabía sus motivos ni su destino. Sin duda el presidente de Estados Unidos y sus consejeros se habrían sorprendido mucho de haber sabido que el joven coronel se encontraba, en esta noche del 13 de diciembre, a cuatrocientos kilómetros al sureste de Trípoli, bajo un sencillo techo de pelo de cabra de una tienda plantada en las arenas del desierto de la Gran Sirte.

Aunque era jefe de un país petrolero cuyos ingresos se contaban por miles de millones de dólares, ningún accesorio de la tecnología del siglo xx turbaba su espartano campamento. Nada de télex crepitantes,